

INSTINTO DE SUPERVIVIENTE

Darío Vilas

DOLMEN
EDITORIAL

A Ana y Xián, mis motivos para luchar.

A mi hermana Begoña, superviviente.

A Juande, el instructor.

UN PRÓLOGO INSTINTIVO

Lo devolví al mundo real con un fuerte zarandeo. El tipo parpadeó; sus neuronas volvieron a activarse y regresó del estado catatónico en el que parecía sumido cuando lo encontramos. No podía culparlo. ¿Quién no enloquecería en una situación como aquella? Yo mismo me sentía a veces al borde de la demencia, y eso que había sido adiestrado para lidiar con las peores mierdas de este mundo.

Pero claro, lo que estaba ocurriendo tal vez no era de este mundo.

Mientras mis hombres vigilaban los accesos al edificio, me dediqué a interrogarlo. Le ofrecí un poco de agua. Él se aferró a la cantimplora como si no hubiese bebido en días.

— ¿Se encuentra bien? ¿Está herido? — Lo examiné a conciencia; no me apetecía que de pronto saltara a hincarme el diente y me jodiera el día.

— No, creo que no... — gimió.

— ¿Es usted Javier Pellicer?

— Sí... ¿De qué me conoce?

— Soy el sargento Gimeno, del Grupo de Asalto y Rescate — respondí, en tanto mordisqueaba mi puro.

— Me temo que no encontrarán a muchos más por aquí — dijo —. Al menos, vivos. De los otros hay de sobra.

—No es un rescate general. Hemos venido a por dos personas, y una de ellas es usted.

—¿Yo? ¿Por qué yo?

—Está relacionado con nuestro objetivo primordial. ¿Conoce a Darío Vilas?

Por la sorpresa reflejada en su rostro, estaba claro que aquella era la última pregunta que esperaba recibir.

—Sí... —balbuceó—. Es un colega escritor, un buen amigo.

—Tal y como suponíamos. Es imperativo que lo encontremos. Creemos que tiene algo que ver con esta maldita plaga.

—¿Pero qué está diciendo? —resopló; creo que en otras circunstancias se habría carcajeado, y yo con él—. ¿Qué podría saber Darío de todo esto?

—Esperábamos que usted nos lo aclarara. —Saqué un libro de mi mochila y lo dejé caer frente a Pellicer; creo que lo comprendió en el momento en que vio el título y la portada—. Hace unos meses su «amigo» escribió este libro, *Instinto de superviviente*, en el que narraba una invasión zombi sobre una ciudad ficticia curiosamente muy parecida a la nuestra.

—¿Está insinuando que predijo el futuro? ¡Es absurdo!

—Más bien creemos que él podría ser el causante de todo esto.

—Para que luego digan que los escritores somos unos fantasiosos... —se burló.

—¿Tan fantástico como que los muertos se levanten? Quiero que me cuente todo lo que sabe de Vilas y de su libro. Sé que ustedes dos estaban en contacto. Si lo hace, lo llevaremos con nosotros y tal vez salga de esta con vida.

Pellicer tragó saliva. Sabía que no rechazaría la oferta. Aquel hombre había pasado semanas encerrado en ese edificio, subsistiendo a base de racionar dos garrafas de agua y unos pocos paquetes de patatas fritas. Aunque hubiera

apostado las pelotas a que si algo le apetecía era escapar de esas criaturas que rondaban por las calles.

—Supongo que sí puedo contarle algo... —asintió—. A ver por dónde empiezo... Cuando Darío me dijo que iba a escribir una novela de zombis, fui un tanto escéptico. No porque no lo viera capaz. Al fin y al cabo, siempre fue un amante del terror, como lector y como escritor. Por algo fundó la web H-Horror, dedicada a apoyar el género en nuestro país. Y había participado en muchas antologías gracias a relatos de esos que quitan el sueño. Siempre tuvo facilidad para manejar el miedo a su antojo. Mis dudas venían del hecho de que el género zombi, por haberse convertido en un fenómeno en auge, tenía en esos momentos una auténtica pléyade de escritores dedicados a crear este tipo de historias. Así que no estaba muy seguro de que alguien pudiera ofrecer un relato más allá de los tópicos ya conocidos.

—Pero Vilas lo hizo, ¿verdad? —pregunté.

—Ya lo creo que sí. Lo cuál es sorprendente, ya que esta era la primera novela que escribía en toda su carrera. Hasta el momento se había desfogado con relatos cortos y siempre creí que le costaría un poco más adaptarse a los formatos extensos. Me alegró equivocarme, sinceramente. Darío demostró con este trabajo que estaba más que preparado para la novela larga.

—¿Hasta qué punto estuvo usted involucrado?

—Yo solo fui testigo de parte del proceso creativo. Aunque puedo decirle que Darío pronto se vio absorbido por la historia. En lugar de limitarse a ofrecer un argumento alrededor de una plaga de muertos vivientes, se sirvió de esa excusa para adentrarse en un terror más oscuro y psicológico; algo más intenso, más dramático y, lo que es más importante, un tanto alejado de lo habitual en este género. A Darío siempre le gustó apartarse de las exigencias que

demandaba el mercado. En mi opinión, la verdadera historia de terror está en los acontecimientos que giran alrededor de los tres personajes principales: Andrés, Damián e Isabel. —Señaló la portada a la vez que la golpeaba con el dedo—. Son la base de la novela, hasta el punto de que la presencia de los zombis es un telón de fondo.

—Un telón de fondo que estamos ahora viviendo, como si nos hubiera metido dentro de su libro —apunté yo.

—¿Qué quiere que le diga? Yo solo puedo hablarle de la novela. Como le estaba contando, el punto magistral de *Instinto de superviviente* son los personajes y la historia personal que los envuelve. Es una constante en sus trabajos: utilizar individuos de carácter oscuro y naturaleza cuestionable, por momentos desequilibrados. Darío es un amante de los anti-héroes y los maneja como nadie. Sus supervivientes lo son a base de grandes sufrimientos psicológicos. La complejidad de sus mentes y modos de proceder es algo que el lector no debería perder de vista, porque son la esencia del libro. Todos estos detalles confieren a *Instinto de superviviente* un halo distintivo con respecto a otras novelas del género.

—Hablemos de los escenarios. Me escama la similitud entre la ciudad que creó Vilas y la nuestra.

—Todo escritor tiene sus influencias —explicó él, quitándole hierro al asunto—. Aunque es verdad que yo tengo algo que ver con la confección de esa ciudad: nació en mi cabeza para una de mis novelas, así que podrá imaginar el orgullo que sentí cuando Darío me pidió permiso para utilizarla. Él le ha dado una nueva dimensión, más sobria; la ha oscurecido un poco, la ha embrutecido. Y luego tenemos la isla de Simetría. Es la gran creación de Darío, un guiño a obras anteriores como las antologías *Imperfecta Simetría* o *Piezas desequilibradas*. De hecho, hay referencias de estos libros durante toda la novela, y me consta que tenía pensado

contarnos mucho más sobre Simetría. Supongo que, tras este holocausto, ya nunca lo sabremos.

— Todo esto no me sirve de mucho.

— Usted me ha pedido que le cuente mis impresiones sobre la novela y es lo que estoy haciendo. *Instinto de superviviente* es mucho más que otra historia sobre zombis, aunque suene manido. Hay un argumento principal —incluso dos, si atendemos a la subtrama de Isabel—, lleno de intriga, acción y esos giros que tanto le gustan a Darío.

Un discurso muy agradable, pero de todo lo que aquel tipo me había comentado podía sacar muy poco en claro.

— Ha dicho usted antes que la historia absorbió a Vilas. ¿Cree que lo bastante para obsesionarse y querer plasmar su novela en el mundo real?

— ¡Pero qué tonterías está diciendo! Que escriba sobre terror no significa que sea un demente. Además ¿cómo podría alguien desatar esta locura?

— No lo sé, por eso quiero encontrar a Vilas.

De pronto, algo taladró mis oídos y me obligó a cubrírmelos con las manos. Era una vibración tan intensa que se convertía en un silbido agudo e insufrible. Por fortuna, cesó poco después, aunque el silencio no se prolongó demasiado. Hubo un estruendo enorme, seguido del inconfundible sonido de los disparos de las M4. Mi radio comenzó a emitir, acercándose un estallido de voces que apenas podía entender.

— ¡Señor, nos han encontrado! — dijo el capitán Cantos —. ¡Están entrando por el techo!

— ¡Reculen sin darles la espalda!

Pero nadie respondió. Se desató una horrible tormenta de tiros cruzados y gritos agónicos. Y cada vez estaba más cerca. A mi lado, Pellicer temblaba como un crío.

— ¿Sabe utilizar un arma? — dije, mientras le tendía mi pistola.

—No...

—Pues va a tener que aprender.

«Y aun así, lo llevamos jodidamente mal», pensé. Masqué de nuevo el puro, pensando que quizás sería la última vez. La misión se había basado en todo momento en el sigilo, en que esos cabrones putrefactos no nos detectaran. Pero ahora todo se había ido a la mierda.

Me situé frente a la puerta de la habitación con los pies firmemente anclados y el fusil de asalto dirigido al hueco.

—Os estoy esperando, hijos de puta —susurré, con tono melódico.

Los primeros fueron fáciles de abatir. Se movían despacio y caían como moscas ante mis ráfagas. El olor a pólvora y el sonido de los casquillos al tocar el suelo inundaron la estancia. Una melodía agradable, que acompañé tarareando felizmente *Browned eye girl* de Van Morrison:

—*Hey, where did we go, days when the rains came; down in the hollow, playin' a new game; laughing and a runing, hey, hey...*

Un cargador, luego otro. Las balas destrozaban los cuerpos, que se amontonaban sin piedad. Pero esos monstruos seguían llegando y la munición se agotaba. Incluso mutilados, los zombis seguían moviéndose, arrastrándose con los brazos, reptando como serpientes.

Al fin, el fusil quedó silencioso, pero, lo que era peor, vacío. Le arrebaté a Pellicer la pistola, pues él estaba totalmente ido —juraría que se había orinado encima—. Vacíé el cargador sobre las criaturas en una muestra más de mi antológica cabezonería. ¿Acaso podía hacer otra cosa? Estábamos acorralados, sin salida y desarmados... excepto por mis granadas de mano.

—Bien, al menos nos llevaremos a unos cuantos con nosotros.

Tomé uno de los explosivos y, arrastrando a Pellicer conmigo, me arrinconé en el extremo opuesto a la puerta. Quería

DARÍO VILAS

que entraran cuantos más, mejor. Entonces, cuando la habitación estuvo abarrotada, quité el pasador de seguridad del explosivo. Sujeté el cebador, me giré hacia el escritor y, con una sonrisa socarrona, le dije algo antes de soltar la palanca:

— Espero que su amigo Darío Vilas tenga pensado un buen final para su historia.

JAVIER PELLICER
JULIO DE 2011

INSTINTO DE SUPERVIVIENTE

PRIMERA PARTE

UN CAOS PREDECIBLE

1

En cuanto Andrés abrió la puerta del apartamento los gritos se volvieron perfectamente audibles. Golpes, lamentos, peticiones de auxilio e incluso aullidos. Toda una retahíla de sonidos que evidenciaban la vorágine inminente y levantaban acta de un caos previsible.

No habían sido imaginaciones suyas.

Cerró la puerta con llave, consciente de que esto le condenaría en caso de que necesitase volver con urgencia al apartamento. Pero no podía permitir que el niño saliese, que se expusiera a los peligros que acechaban en el exterior. No podía permitirse perderlo.

Antes de avanzar hacia el portal del edificio, pegado a la pared, empuñó la pistola con firmeza, apuntando hacia el frente; aunque allí no había nada a la vista. No era prudente encender la luz del rellano ni ninguna otra del edificio, al menos hasta saber qué era lo que estaba ocurriendo fuera.

Recorrió despacio la distancia que le separaba de la puerta de acceso a las escaleras. Su apartamento era la única vivienda del sótano, ya que lo habían acondicionado expresamente al no disponer de un piso a tal efecto. Esa era la mayor ventaja de su empleo de portero, al que siempre había considerado una auténtica mierda. Quizás esa mierda de trabajo acababa de salvarles la vida.

Primero asomó la cabeza. El volumen de los disturbios le llegó ampliado, pero el portal se mostraba desierto por completo. A mano derecha estaba el habitáculo de recepción de la portería: un murete revestido de madera tras el que

recibía a los inquilinos, que dibujaba sólidamente la frontera, delimitando su espacio de empleado del resto del recibidor reservado para los propietarios y sus invitados, y que le serviría de parapeto para poder observar de manera segura la puerta acristalada que daba acceso a la calle. Hasta allí se acercó acucillado, de espaldas, sin perder de vista el ascensor y el tramo de escaleras que bajaba de las viviendas superiores. Ningún movimiento, ningún sonido. Ya suponía que todos los vecinos habrían abandonado los pisos por el ajetreo que se sintió desde el apartamento. Cuando las cosas no van bien, el primer impulso siempre es la huida. No te atrincheres o estarás perdido, es lo que siempre aconsejan. «Qué estupidez», pensó Andrés.

Siguió hasta el final de la ele que formaba el habitáculo, y se pegó contra la esquina, justo frente al portal. Era el momento de enfrentarse a la realidad de lo que fuese que estaba ocurriendo.

Lentamente, fue asomando desde debajo de la barra para que ningún movimiento brusco delatase su situación. Y lo que vio no le dejó tan estupefacto como cabría esperar.

La gente corría por todas partes sin ningún rumbo, escapando de otras personas que, con paso lento y quebradizo, como autómatas de trapo, avanzaban hacia ellos lanzando dentelladas incluso antes de darles alcance. Otros con menos suerte estaban ya en el suelo, siendo devorados en vida por sus congéneres.

Le llamó especialmente la atención una anciana que tenía entre los brazos uno de esos *yorkshire* miniatura que tan ridículos le parecían a Andrés. La mujer intentó pegarle un buen bocado al animal, que emitió un ladrido agudo, muy afeminado, pero la dentadura postiza se le desprendió y cayó al suelo. Como si no se hubiese percatado de ello, la vieja continuó dándole mordiscos estériles con las encías, hasta que

el animalillo por fin se reveló y empezó a devolvérselos. Una de las dentelladas del perro arrancó la punta de la nariz de la mujer, pero esta siguió con lo suyo como si nada.

«Esto tenía que pasar, se veía venir», pensó Andrés, como si la invasión zombi que desde hacía tiempo se relataba desde la literatura y el cine hubiese sido un anuncio oficial. «Nos teníamos que ir a la mierda tarde o temprano, y estaba claro que sería devorándonos los unos a los otros, como siempre ha sido». Solo que ahora ocurría de forma literal.

Volvió a agacharse, dispuesto a regresar al apartamento. Allí tenía suficiente comida como para pasar una buena temporada hasta que las cosas se hubiesen calmado. ¿Cuánto tiempo podrían tardar los zombis en acabar con todos los vivos?

Hacía pocas horas que había escuchado el primer grito y la ciudad ya parecía sumida en la devastación. Ni tan siquiera se preguntaba cómo los acontecimientos se habían precipitado de aquella manera, por qué las cadenas de televisión dejaron de emitir de manera casi inmediata o por qué su móvil no tenía cobertura.

Sencillamente, las cosas se joden a veces; y esta parecía ser la definitiva.

2

De vuelta al apartamento, descubrió que Damián no estaba en el salón, frente al televisor, donde le había dejado. La programación estaba interrumpida.

Le llamó a media voz, pese a que sabía que era imposible que desde el exterior se le escuchase, aunque gritara a pleno pulmón. El sótano estaba insonorizado, una medida que la comunidad de vecinos había tomado para mantener oculta la vivienda ilegal del portero.

El niño no contestaba, pero no tuvo que pensar demasiado para averiguar dónde se habría escondido: debajo de la cama. El mismo lugar en que se refugiaba siempre, cuando Andrés le explicaba que no volvería con su madre, que ella ya no le quería a su lado. Entonces corría a la madriguera, lloraba durante un par de horas y luego se quedaba dormido.

— Venga Damián, sal de ahí.

— No qui... quiero —contestó sollozando.

— Tú mismo, pero ya te aviso de que las cosas no están como para ponerse estúpido. Ahí fuera acaba de empezar el fin del mundo.

— Me da igual, yo solo quiero que mamá venga a buscarme.

«Lógico», pensó Andrés. «La humanidad puede estar yéndose a tomar por culo, pero a las madres no les puede pasar nada». Un pensamiento infantil que comprendía, aunque en ese momento le resultaba muy irritante.

En el fondo, solo quería que saliera del escondite para poder compartir con él lo que había visto fuera. No como algo impresionante, imposible, sino como la anécdota del día. Al fin y al cabo, estaba claro que iba a pasar. No sabía si de ese modo, ni mucho menos preveía que los acontecimientos se sucedieran a tal velocidad. Pero desde luego, el Apocalipsis inminente era una realidad desde hacía mucho tiempo.

En los últimos meses las plazas céntricas de todas las ciudades del país se habían llenado de ciudadanos hartos de una crisis que no parecía que fuera a solucionarse jamás, cansados de gobiernos corruptos que únicamente respondían al poder del dinero. Con las mochilas llenas de buena voluntad y consignas de libertad ciudadana, de una utopía de sentido común, echaban un pulso al régimen del capital, la peor dictadura conocida por el hombre.

Por otro lado estaban las catástrofes naturales que se sucedían una detrás de otra, encadenadas como presagios de

algo mucho mayor que acechaba en espera del momento oportuno para hacer su espectacular salida a escena.

Y el momento había llegado.

— ¿No quieres saber lo que pasa fuera?

— No.

Una negativa rotunda, casi enfurecida. No le culpaba por ello. El niño no había pedido ir a vivir al apartamento y ahora no le quedaría más remedio que permanecer encerrado entre sus tres pequeñas habitaciones durante una larga temporada. Pero Andrés se justificaba pensando que tampoco era culpable de la falta de responsabilidad de la madre del crío. Si hubiese ido a buscarlo a la salida del colegio aquella tarde ahora estaría con ella. Claro que también era muy probable que ambos hubiesen muerto.

Este pensamiento le hizo estremecerse y chasqueó la lengua en un gesto involuntario. De haber sido así, ahora estaría solo. No quería ni imaginarse la agonía de verse obligado a subsistir encerrado en aquel sótano sin compañía alguna. En un caso similar estaba seguro de que habría preferido salir y enfrentarse a la nueva realidad. Morir, si así estaba escrito que debía suceder.

Tarde o temprano tendrían que acabar saliendo, eso lo tenía claro. Pero de momento disponían de mucho tiempo para trazar un plan de huida que les asegurase la supervivencia.

INSTINTO MANIFIESTO

Cada noche, al volver del trabajo, Isabel sentía que su vida se había truncado por completo, que aquel hombre al que ya no conocía y que la esperaba en un hogar que había dejado de sentir como suyo, empezaba a provocarle una extraña sensación de inquietud, como si estuviese compartiendo lecho con un desconocido. Los cimientos de su matrimonio, mezclados en cemento tamizado, se deshacían ante su pasividad.

No podía precisar cuándo había empezado a darse cuenta de que no era la persona con la que se había casado. Eran muy jóvenes, apenas superaban la veintena, y ella se dejó llevar por un impulso propio de la inmadurez, atraída por su actitud desgarrada, por aquel deje rebelde que había quedado en el camino al poco de casarse.

La insurrección del chico dejó paso a la apatía a medida que se convertía en hombre. Ya no le regalaba aquellas miradas amorosas o ardientes. Isabel estaba segura de que ya ni la quería, aunque él cumplía con sus obligaciones matrimoniales. Salía cada día a trabajar, volvía poco antes que ella, le preparaba la cena y al acostarse hacían el amor. Pero era una máscara, una representación de la persona que debía ser. No había sentimientos, solo cumplía los trámites y, de puertas afuera, eran un matrimonio perfecto.

Algo afloraba en el interior de su marido y ella lo intuía detrás de aquellas miradas de condescendencia.

Pero no fue hasta que él le planteó ser padres cuando la mujer terminó de venirse abajo. No podía continuar a su lado por más tiempo. No quería ni imaginarse que engendraran a una criatura nacida de la resignación, sin llegar a comprender lo que ocultaba el velo que cubría las subrepticias intenciones de su esposo.

Y sin embargo, aceptó.

Meses después, Isabel abandonaba el hogar conyugal para no volver nunca más.

Supo, por boca de los pocos conocidos que todavía le hablaban —pues para familiares y amigos se convirtió de inmediato en la zorra que había abandonado a un hombre que la adoraba—, que había dejado el trabajo en la fábrica. Le ofrecieron un puesto de portero en un edificio de las afueras, con vivienda incluida, y decidió dejar atrás cualquier vestigio de la vida que tenía planificada en torno a Isabel.

La mujer se reprochaba no sentir lástima, pero cuando acariciaba su vientre, cuando sentía al ser que crecía en su interior, se alegraba de la decisión tomada.

Él nunca llegaría a saberlo. Sería muy sencillo hacer creer a todo el mundo que su hijo era fruto de las infidelidades que le habían empujado a dejar a su marido.

LA TARDE

El sol estaba teñido de rosa, ensuciando la nubes como unos trazos mal ejecutados en el lienzo del cielo, que presentaba el tono azul mate de final de la tarde.

Andrés paró el coche frente a la puerta del colegio. Damián estaba sentado en el borde de la acera mirando hacia la dirección opuesta, por la que tendría que venir su madre a buscarle. Pero el hombre sabía que no aparecería.

Subió el volumen de la música que llevaba puesta en el reproductor de cedé del coche. Sonaba ligeramente distorsionada, pero los chasquidos y la vibración de los viejos altavoces se le hacían agradables en contraste con la pieza instrumental —la banda sonora de una película coreana cuyo título ni recordaba— que había elegido para aquella puesta de sol.

Se lo pensó durante más de tres cuartos de hora. Una parte de él le decía que no era buena idea llevarse al chico al apartamento, que era mejor avisar a alguna profesora para que llamase a su madre y lo recogiese, o simplemente marcharse y obviar que le necesitaba. O que él necesitaba al niño.

Entonces lo vio, percibió con claridad que estaba llorando. Llevaba demasiado tiempo frente a las puertas del colegio y ya se habían interesado varias profesoras por el motivo, pero las despachó haciendo alarde de dignidad. Les mintió, diciéndoles que su madre tardaría un poco más de lo habitual, pero que ya se lo había advertido de antemano. Cualquier cosa para ocultar la distancia que poco a poco los iba separando. La mujer estaba demasiado centrada en su trabajo o en sus, cada vez más frecuentes, nuevas conquistas amorosas. Incluso se había atrevido en un par de ocasiones a presentarse a la salida de las clases con uno de sus ligues.

Eso enfurecía especialmente a Damián. No es que esperase que sus padres volvieran a estar juntos, pero tampoco quería que su madre le obligase a llamar papá a otro desconocido que desaparecería a los pocos días, dejando el puesto al siguiente. Para bien o para mal tenía un padre.

Andrés esperó un poco más, dejando que el último tema del disco sonase hasta el final, más para remarcar lo que sería un inicio que para anunciar el final de la vida que el chaval conocía.

Después dibujó la sonrisa más paternal de su reducido repertorio y se bajó del coche.

3

— ¿Cómo sabes que no queda nadie vivo?

— No lo sé.

— Entonces, ¿por qué no salimos a comprobarlo?

— Piensa, Damián. Medita sobre todo lo que acabo de contarte. Imagínate que todavía están ahí fuera, esperando a que los pocos supervivientes abandonen sus escondites. ¿Quieres convertirte en el menú de comida rápida de un muerto viviente?

— Los zombis no existen —sentenció con una mueca de incredulidad.

— Me da igual lo que pienses. No te voy a dejar salir. No de cualquier manera. Ya te dije que llegado el momento escaparemos de aquí, pero hay que planearlo con mucha cautela.

— Casi no queda comida.

Y esa era una realidad que Andrés no tenía cómo rebatir. Pero no podía desviarse del guión que él mismo había escrito. Saldría del apartamento dejando a Damián de nuevo encerrado, aunque ello supusiera volver a pasar por el proceso de sacarlo de debajo de la cama a su regreso. Subiría hasta la primera planta, forzaría la puerta de uno de los pisos y recogería toda la comida que les sirviera para aguantar algún tiempo más.

Ya había pasado un mes desde que había echado el primer vistazo al exterior y de cuando en cuando volvía a hacerlo.

La situación se había estabilizado, dentro de la locura que en sí misma representaba, pero creía que todavía podían merodear algunos zombis por la zona.

En su última salida había visto cómo daban caza a un tipo de mediana edad. El hombre apenas era capaz de correr y se agarraba el pecho como si estuviese al borde del infarto. Andrés pensó que era probable que, como ellos, hubiera

permanecido en su casa hasta ese momento. Tal vez se viera obligado a abandonarla porque padecía alguna enfermedad cardíaca y había agotado la medicación. La torpe carrera del hombre le llevaba en dirección a la farmacia situada a pocos metros del edificio de Andrés, así que dio por certificada su teoría.

Claro que no alcanzó el objetivo. Cuando le faltaban poco más de quince metros tropezó con un cadáver viviente, sin piernas, que se descomponía sobre la acera, y en la caída se golpeó la cabeza contra una farola. Al poco, ya era el plato del día de media docena de muertos vivientes, además del tullido, que se había encaramado a él como un koala predador. Por suerte, había perdido el conocimiento tras el golpe. O eso, o se resignó a su suerte y ni tan siquiera hizo ademán de defenderse. Desde su posición en la portería Andrés no podía ver la cara del hombre.

Pero eso había sido dos semanas antes y, desde entonces, el jaleo se había reducido mucho y apenas se escuchaban altercados. Para comprobarlo, cada mañana Andrés recorría los cerrojos de la pesada puerta de seguridad de su apartamento y afinaba el oído en busca de indicios de alboroto. En los últimos tres días, nada de nada. Había llegado la hora de ejecutar la primera parte de su plan de huida.

Más que una necesidad era un deseo, pues cada vez se le hacía menos llevadera la convivencia con Damián en el reducido espacio que les brindaba la vivienda. El niño parecía algo más sumiso, aunque todavía susceptible en cuanto a los motivos que el hombre esgrimía para no dejarle salir. Insistía en llamar a su madre, y cuando Andrés le demostró que el móvil se había convertido en un trasto inservible, se empeñó en que debían ir a «rescatarla».

Para el hombre estaba claro que Damián ya no tenía madre, aunque no se atrevía a decírselo tan claramente. Lo único que

conseguiría sería que no saliese de debajo de la cama en varios días.

Así pues, para tranquilizarle un poco Andrés le contó los planes que tenía para abandonar en pocas semanas el edificio. Y eso pasaba por quedarse allí encerrado mientras él revisaba los pisos de la primera planta en busca de comida.

Ya tenía decidido que el 1ºA era el candidato ideal, pues allí vivía un viejo huraño, Julián Quesada, que solo salía un par de veces al mes para hacer la compra. Andrés, ejerciendo sus funciones de portero, le ayudaba a subir las bolsas al piso y sabía que siempre se aprovisionaba para varios días con multitud de conservas.

En el supuesto de que todavía estuviese allí, no lo consideraba ningún inconveniente. En caso de haber muerto y estar afectado por lo que fuera que los convertía en zombis, Andrés imaginaba que sería más fácil enfrentarse a un anciano redivivo que al zombi de un joven fornido.

4

Esperó a estar fuera del apartamento para abrir la mochila y sacar el arma, un modelo 29 de Smith&Wesson de 153 milímetros, similar a la que llevaba Clint Eastwood en *Harry el Sucio*. Si estuviesen en Estados Unidos no tendría por qué dar explicaciones de los motivos por los cuales guardaba varias armas en casa. Pero de momento era mejor que Damián no supiese nada de ellas.

Se volvió a echar la mochila a la espalda y encaró la escalera con determinación. El espejo que cubría la pared hasta media altura le devolvió una imagen muy distinta a lo que imaginaba: un tipo casi cuarentón, en buena forma pero con unas incipientes entradas, que portaba una pisto-

la de forma muy poco estilosa, y con una ridícula mochila colegial colgada de los hombros. Muy lejos del pistolero amenazador que él tenía en mente cuando la empuñó por primera vez.

Decidió seguir de largo sin pararse demasiado a analizarlo. Al fin y al cabo, lo importante era lo que podría hacer con aquella arma cuando se presentase la ocasión, y no el aspecto que tuviese.

Subió peldaño a peldaño, muy despacio, sin separar la espalda de la pared. Solo escudriñaba el piso superior hasta donde la vista le permitía, pues sabía que en la planta baja no había amenaza alguna. Durante un tiempo, algunos muertos vivientes habían estado gimiendo con insistencia delante del portal, pero al poco desistieron al no percibir ningún atisbo de vida en su interior.

El rellano del primer piso estaba sumido en la penumbra por completo, pero esto tampoco lo inquietó. Hasta donde sabía, los zombis no poseían una visión privilegiada en la oscuridad. Suponía que quizás podrían detectarlo por el olor, pero en ningún caso lo pillarían desprevenido. Cada planta contaba con dos únicas viviendas, así que bastaba con asomar rápidamente a ambos lados y después continuar.

Sin sobresaltos. Andrés rebuscó en el bolsillo de su pantalón y extrajo el juego de llaves de repuesto de los pisos, que hasta ese momento, en los más de diez años que llevaba ejerciendo en el edificio, no había necesitado usar más que para enseñar algunas viviendas en alquiler. También disponía de las llaves maestras que uno de los propietarios le había proporcionado, después de que unos estudiantes a los que había alquilado su piso cambiaran el cerrojo sin previo aviso. Durante varios meses estuvieron atrincherados en el interior sin pagar el alquiler, y para cuando se dictó una orden de desalojo los daños ya eran cuantiosos. Tras eso, decidió que

la siguiente vez estaría preparado para una eventualidad como aquella, aunque fuera de un modo ilegal.

Introdujo la llave correspondiente en la cerradura del 1ºA y la giró con mucha suavidad. A pesar de ello, el ruido que emitió el pestillo al descorrerse, el clásico *clanc clanc*, se le asemejó al que haría si golpease con fuerza la puerta con un tubo metálico. Se giró con brusquedad para echar un vistazo al tramo de escalera que subía hasta el segundo piso, pero allí no había nada.

En ese momento se percató de que sudaba a mares y ya tenía la camiseta pegada al cuerpo. Esto le produjo una extraña sensación de satisfacción. Una parte de sí mismo estaba viviendo con intensidad el momento, disfrutándolo, a pesar de no saber qué podría encontrar al acceder al piso.

Separó la puerta un poco, dejando apenas una línea por la que otear el interior. No parecía haber nada de qué preocuparse. Se lo pensó un segundo y después decidió que lo más seguro era abrirla de golpe. Si lo intentaba poco a poco, lo más probable era que produjera algún chirrido, debido al desuso. Y en caso de que el viejo Julián estuviese dentro, convertido en un zombi, ya no le pillaría desprevenido.

No calculó bien la fuerza y la puerta golpeó contra la pared con gran estruendo. Un pequeño colgador de llaves que pendía de la pared se desprendió y cayó al suelo. Andrés se quedó petrificado, sintiendo cómo la cabeza se le vaciaba de sangre y dejando en su lugar un zumbido migrañoso.

Creía estar preparado para actuar en cualquier situación, pero en ese momento comprobó que su capacidad de afrontar estos contratiempos era más limitada de lo que pensaba; si hubiese un muerto viviente en el interior, aguardando su llegada, ya lo tendría encima, devorándolo.

Cuando logró recobrase se llevó otro pequeño disgusto al comprobar que el arma apuntaba hacia el suelo, en lugar de

hacerlo hacia el frente. Y, siendo sincero consigo mismo, tampoco creía que hubiera reaccionado en caso de necesitar usarla.

Una vez corroborado que no había ningún peligro, se tomó un par de minutos más para reunir la determinación que le había faltado y para reprenderse a sí mismo por su falta de previsión y arrojo. Cuando saliesen del edificio más le valía estar mejor preparado para lo que pudiera encontrarse o el niño y él no durarían ni un suspiro.

Accedió al interior sin más dilación, habida cuenta de que su presencia estaba más que anunciada.

Desde la entrada pudo comprobar que la luz de la salita estaba encendida. Su primer objetivo era la cocina, pero decidió echar antes un vistazo por todo el piso, para no llevarse ningún sobresalto más.

Al traspasar el umbral de la salita, tuvo que ahogar un grito que le dejó una palpitación en la garganta: Julián estaba sentado en un viejo sillón de cuero, con el cuerpo cubierto solamente por unos calzoncillos, completamente hinchado.

Andrés reparó en que no había percibido el olor de la evidente putrefacción del cadáver del viejo. Pero esto no era ningún misterio, ya que llevaba un mes escuchando a Damián quejarse por el hedor que impregnaba el apartamento del bajo. Su olfato estaba insensibilizado de manera alarmante, sobre todo por carecer de una adecuada ventilación en la vivienda, en la que convivían dos personas día y noche.

Avanzó muy despacio, con la Smith&Wesson apuntando a la mole abotargada. A medida que se acercaba, pensó que si tuviesen que levantar el cadáver, primero habría que excarcelarlo de aquel sillón, ya que estaba encajado por completo, con las carnes putrefactas adheridas al mueble, casi como si ya formase parte del mismo.

No sintió náuseas, ni tan siquiera asco. Solo una insana curiosidad por comprobar la condición del muerto. Des-

de que se habían desencadenado los acontecimientos, no había tenido acceso a ninguna clase de información, más allá de lo que podía adivinar por lo que sucedía frente al edificio, en sus salidas al portal. No tenía ordenador y, por tanto, tampoco conexión a Internet. El móvil había perdido la cobertura a las pocas horas y su televisor de plasma no recibía ninguna cadena; la única imagen que aparecía en la pantalla era el mensaje «sin señal», rebotando de una esquina a otra. No sabía si el alzamiento de los muertos vivos se debía a alguna epidemia, a una guerra biológica o era consecuencia de radiaciones de alguna explosión nuclear. Tal vez nada de eso tuviese sentido alguno más allá del cine de terror y nunca llegase a conocer los motivos. Tampoco le preocupaba.

Se paró a pocos pasos del cadáver, esperando alguna reacción, y entonces se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos. Los párpados estaban tan inflamados que le hacían parecer un luchador de sumo viejo y ennegrecido.

En ese momento, al entrar en el ángulo de visión del anciano, este movió los ojos y dirigió la mirada hacia Andrés, que reaccionó —esta vez sí— apretando el gatillo de manera instintiva.

El estrépito fue brutal en el reducido espacio de la sala de estar. La bala impactó en la frente del muerto y la cabeza estalló, recordándole a Andrés una ocasión en que, siendo un niño, había hecho explotar una sandía madura con uno de aquellos potentes petardos que ya no pasarían ningún control de seguridad en la actualidad. Todo alrededor quedó cubierto de pedacitos del cadáver.

«Ahora sí que estamos jodidos», pensó el hombre. «Esto tuvo que escucharse en toda la manzana». La ventana de aquella estancia estaba abierta lo suficiente como para que el restallido se escuchase en todo el barrio.

Tocaba espabilar, cumplir con lo que había ido a hacer al piso del viejo y salir del edificio cuanto antes. Si los zombis empezaban a agolparse contra el portal, este acabaría cediendo y entonces el apartamento sí se convertiría en una trampa para ratones. La puerta de seguridad podría resistir una buena temporada, pero al final la echarían abajo. No quería imaginar lo que aquellos seres podrían hacer al niño. Era demasiado hermoso para dejar que muriese devorado por una horda de muertos vivientes.

Corrió a la cocina, abrió un par de alacenas y enseguida encontró lo que andaba buscando. En una de ellas había varias hileras de latas de conserva, paquetes de pasta, lentejas, garbanzos y otras legumbres. Llenó la mochila con todo lo que pudo y, antes de salir, echó un rápido vistazo, para ver si encontraba algo más que les sirviera en la huida. Encontró varios bidones de agua mineral de cinco litros y decidió coger también un par. Al edificio todavía llegaba agua corriente, pero en la última semana habían dejado de beberla por precaución. Si no funcionaban las comunicaciones, tampoco podían confiar en que el agua siguiese siendo potable.

Antes de abandonar el piso, con los dos bidones enganchados en una de las manos, dejando la otra libre para empuñar la pistola, volvió a mirar en la sala de estar. Ahora sí percibió un fuerte olor a putrefacción. Se echó la mano con el arma a la nariz para cubrirse y al retirarla comprobó que la tenía manchada de sangre.

5

—¿Qué fue esa explosión? —preguntó Damián en cuanto Andrés volvió al apartamento—, ¿y eso es... es sangre?

—No pasa nada. Nos vamos.

— ¿Fue un disparo?

— Sí, un disparo. El viejo... Julián se convirtió en uno de ellos. Y ahora seguro que vendrán hacia aquí, atraídos por el ruido. Si estuvimos a salvo este tiempo fue porque no creían que quedase nadie dentro.

— O porque aquí también huele a muerto y no distinguen nada diferente.

— No empieces, Damián. Nos tenemos que marchar.

— ¿Por qué tienes una pistola?

— Para protegernos. Si sigues preguntando tonterías nos van a acorralar aquí y entonces sí que vamos a estar muy jodidos, así que muévete.

Mientras hablaban, Andrés ya estaba llenando la mochila de campamento con lo indispensable. También metió parte de la comida en la mochila colegial para que la llevase el niño, pero no sabía qué hacer con los bidones de agua. Eran demasiado incómodos para llevarlos colgando y muy pesados para emprender una carrera en caso de necesidad. De camino encontrarían varias tiendas y dudaba que las hubiesen saqueado todas en tan poco tiempo. Así pues, decidió llenar algunas de las botellas de litro y medio, de las que habían bebido la última semana, y meterlas en la mochila.

Cuando volvía del piso de Julián, echó un fugaz vistazo al exterior, desde el portal. Todo seguía igual que los últimos días, sin movimientos. Pero eso no significaba que no hubiera ya cientos de zombis dirigiéndose hacia allí.

Damián corría tras el hombre por todo el apartamento, sin hacer ningún ademán de echarle una mano, y protestando.

— ¡Para ya, coño! — explotó Andrés —. ¿No querías encontrar a tu madre? Pues escúchame bien, porque si quieres llegar vivo hasta ella, tendrás que hacer lo que te diga.

Fue una jugada bastante sucia porque no tenía ninguna intención de ir a buscarla, pero necesaria si quería abandonar el edificio antes de que fuera demasiado tarde.

Y funcionó.

El crío escuchó con atención las explicaciones sobre el manejo de la pistola. «Un arma de tío duro en manos de un niño de diez años», pensó divertido Andrés, aunque sabiendo que tenía más posibilidades de volarle a él la cabeza que de acertar a algún muerto viviente.

—Si llevo yo la pistola, ¿con qué te defenderás tú? —preguntó Damián.

Andrés sonrió de un modo un tanto críptico. Se fue al dormitorio y volvió a los pocos segundos, portando una pesada escopeta; una Ithaca MAG-10 Roadblocker. Un par de años antes había leído en una revista que, en caso de estar acorralado, sería el arma más potente en distancias cortas. Esto hizo que el hombre soltase una carcajada, pues había previsto tener que utilizarla, pero no en una situación tan similar a la que describía aquella publicación dedicada al cine de terror y sus claves de supervivencia.

Estimado friki, gracias por las enseñanzas. Espero que, donde quiera que hayas muerto y revivido, nunca te falte ningún ser vivo al que hincar el diente. Mientras no seamos nosotros.

También le mostró una pequeña Colt M1991, semiautomática de 10 milímetros, con capacidad para doce balas. Ligera y fácil de recargar, perfecta para moverse con agilidad. La Roadblocker se la ató a la espalda, porque su función era sacarles de un apuro gordo.

El niño observaba las armas atónito, incluso parecía emocionado por primera vez desde que todo había empezado. La perspectiva de salir pegando tiros al rescate de su madre debió asemejarse en su imaginación a alguno de sus videojuegos favoritos, porque desde ese momento no

opuso más resistencia y atendió a todas las instrucciones con interés.

— Cuando estemos ahí fuera tenemos que estar preparados para cualquier cosa. Nuestro objetivo es llegar hasta la playa.

— El objetivo es rescatar a mamá — repuso Damián, con el gesto fruncido, como si estuviese replicándole a un profesor.

Andrés pensó que era inútil discutirlo, así que continuó sin contradecirle.

— Y, después, a la playa. Desde allí tenemos varias posibilidades. Las discotecas que hay en la zona son refugios perfectos. No tienen ventanas y, si no fueron saqueadas antes, las persianas metálicas resistirán bastante. En caso de que la zona estuviera infestada de zombis, podríamos escapar por mar, en una de las lanchas de rescate de la Cruz Roja.

— ¿No sería más fácil en avión? ¿Por qué no vamos hacia el aeropuerto?

— ¿Tú sabes pilotar un avión?

Andrés negó con la cabeza.

— Pues yo tampoco. Pero sí sé manejar las embarcaciones porque fui voluntario de la Cruz Roja cuando era un chaval.

— Claro...

Damián continuó escuchando las explicaciones de Andrés sin perder detalle, preguntando cada vez que le surgía una duda. Al hombre le enterneció la actitud optimista del niño. Sabía que el destino sería demasiado cruel con una criatura tan bella e inocente. Este no era su mundo, pero no permitiría que muriese en manos de aquellas criaturas. Tampoco era su destino.

En cuestión de un par de horas, los supervivientes estaban preparados para abandonar el edificio.